

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

P. Kropotkin

## La abolición de los Derechos feudales

### II

Viendo naufragar sus privilegios en la insurrección de los campesinos, los nobles habían sacrificado aquellos derechos que no tenían ningún valor, pero fué para mejor conservar los que tenían un valor real, á pesar de la revolución.

En efecto: siete ù ocho meses hacía que los campesinos no pagaban ya los censos feudales *personales*, que venían á ser residuos de la antigua servidumbre, consistentes en los derechos debidos al señor en caso de matrimonio ó cuando legaban su escaso peculio á sus herederos, ó bien los dones gratuitos «que el campesino venia obligado á ofrecer al señor sobre el horno y el lagar comunal, el mercado, etc., sin hablar de diferentes derechos «honoríficos,» como la obligación por parte del campesino de golpear las aguas del estanque, durante la noche, para que las ranas no turbaran el sueño del señor, y mil obligaciones y censos que continuaban subsistiendo desde la época de la servidumbre y que variaban al infinito según la localidad.»

Á estas servidumbres personales, que no era ya posible restablecer, *pues que los campesinos no las pagaban* (consúltese á Chassin), así como los derechos de justicia señorial que no era posible ejercer por estar en período de revolución; á todos estos derechos que se habían

vuelto ficticios, «renunciaron» los nobles y el clero por decretos de Agosto de 1789.

Pero los señores conservaron con tanto mayor cuidado aquellos derechos suyos que podían representar; de un modo ó de otro, censos debidos por la posesión ó el uso de *la tierra*. Tales eran, no tan sólo las rentas, sino una multitud de pequeños pagos que variaban de país á país, establecidos cuando se abolió la servidumbre y consignados, en su mayoría, en estas actas que se llamaban las *madrigueras*. Tales eran asimismo los diezmos percibidos por el clero y que representaban no el décimo, sino muy á menudo el quinto y á veces el cuarto de la cosecha.

Á estos censos *reales* no renunciaron los señores, los curas y los burgueses propietarios (y los había ya en gran número). Así se apresuraron á consolidarlos por decretos, dados en la mañana del 5 Agosto, inmediatamente después de su abdicación en la histórica noche del 4 de Agosto.

Pastos, madrigueras, diezmos, etc., todo lo que tenía un valor pecuniario, *fué mantenido integralmente* por los



decretos del 4 al 11 Agosto. Los campesinos obtenían únicamente *el derecho de rescatar sus censos*, si algún día llegaban á ponerse de acuerdo con el señor sobre el precio del rescate. Pero la Asamblea Nacional se guardó muy bien de fijar un límite al rescate ó de precisar la tasa en que debía efectuarse.

En el fondo, todo continuaba igual referente á estos censos territoriales y las municipalidades burguesas quedaron encargadas de reducir á la razón á los campesinos que no querían pagarlos, lo cual, en efecto, ejecutaron con mucha ferocidad en varios puntos.

Por lo demás, hasta estos mismos decretos del 4 al 10 Agosto parecieron demasiado radicales á los señores, tanto más cuanto que el texto y el lenguaje de estas declaraciones hechas en un momento de excitación, suscitaban esperanzas mayores en los campos.

El rey se negó á sancionar los decretos y el 18 Septiembre dirigió otra vez á la Asamblea Nacional un aviso invitándola á reflexionar.

La sanción no le fué arrancada hasta que las mujeres lo condujeron, el 6 de Octubre, de Versalles á París y lo pusieron bajo la vigilancia del pueblo. Pero entonces la Asamblea Nacional hizo á su vez oídos de mercader, y no se decidió á promulgar los decretos hasta el 3 Noviembre de 1789, y aun así se limitó á enviarlos á los Parlamentos provinciales, de modo que los decretos de Agosto no se promulgaron nunca legalmente (1).

(1) Estos hechos, que contradicen por completo los elogios prodigados á la Asamblea Nacional por los historiadores burgueses, fueron por mí relatados en la *Révolte* de 1892 á 1893, así como en el artículo aniversario de la Revolución que publicó la *Nineteenth Century*, Julio 1889, y reproducidos en mi folleto *La Gran Revolución*. Los trabajos de Sagnac confirmaron después esta mi manera de ver. Por lo demás, no se trata de ningún modo de *interpretación de los hechos*; se trata de los mismos hechos. Y para convencerse no hay más que consultar la colección de leyes del Estado francés que se puede hallar en el

Fácilmente se comprenderá que la revuelta de los campesinos debía continuar, y, efectivamente, continuó. El informe del comité feudal hecho por el abate Gregorio con fecha de Febrero de 1790, prueba que la insurrección campesina continuaba y hasta iba ganando terreno. Del Este se extendió lentamente hacia el Oeste.

Pero los señores habían tomado ya sus precauciones. Uno de los decretos, el del 10 de Agosto, contenía, por ejemplo, cláusulas terribles contra los campesinos insurreccionados, que la burguesía liberal, hipócrita siempre, llamaba los «bandidos.» Los burgueses querían aprovechar el desorden causado á la máquina gubernamental por la insurrección de los campesinos, para instaurar su poder en lugar del de los nobles y de la Corte. Pero la burguesía quería tener al pueblo bajo su mano, de modo que pudiera dominar la insurrección siempre que le conviniere.

Dueña de los municipios, la burguesía liberal, en la mayor parte de las localidades, enviaba las milicias burguesas á «restablecer el orden» en los campos, y estas milicias ahorcaban á los campesinos. Poseemos documentos que atestiguan como durante los últimos meses de 1789, fueron ahorcados 20 campesinos en el Delfinado, 12 en Douai, 80 en Lyon. No hay para qué decir que la Asamblea Nacional aprobó estas ejecuciones.

Á pesar de todo, la insurrección en los campos continuaba y siempre entorno de esta misma cuestión de los derechos feudales. Pero como el movimiento revolucionario había decrecido en París después del 6 de Octubre, la Asamblea

conocido *Repertoire*, de Dalloz. En resumen ó por entero se hallarán todas las leyes sobre la propiedad territorial que no se encuentran en los historiadores. De allí las saqué para mi estudio.



Nacional se creció y se lanzó por el camino de la reacción, y dictó las leyes del 15 al 28 de Marzo de 1790 y la de 18 de Junio que, en el fondo, *restablecían* y mantenían el régimen feudal en lo que de esencial tenía.

Couthon tuvo razón cuando dijo más tarde en un informe dirigido á la Legislativa, que el decreto del 15 Marzo de 1790 *abolía* el de la noche del 4 Agosto, tan favorable era á los expropietarios de los siervos, pues so pretexto de puntualizar los derechos que los campesinos podían *rescatar*, este decreto restablecía todos los derechos, salvo los restos de la servidumbre puramente *personal* del campesino. Hasta la mano muerta (el derecho del señor sobre la herencia de su siervo) quedaba perenne, de aplicarse á la tierra (1).

Pero aún hubo algo peor. Desde el 18 al 30 de Junio la Asamblea Nacional aprobó leyes terribles, simplemente draconianas, contra los que se negaban á pagar los censos feudales. Respecto á los que predicaban no pagar ni censos ni diezmos, se les condenaba á trabajos forzados.

Y á pesar de todo la insurrección campesina continuaba de igual modo...

Un año más tarde, en 1791, después de la matanza de parisienses en el Campo de Marte, aun no se había restablecido «el orden» en el campo. La Asamblea

Nacional se hallaba entonces en plena reacción y el terror reinaba en París, pero el campo continuaba insurreccionado. Los campesinos no pagaban nada y se rebelaban cuando se les quería obligar á pagar.

Por esto la Asamblea lanzó el 15-19 de Junio de 1791 nuevos mandatos y nuevas amenazas.

«La Asamblea Nacional ha llenado, con la *abolición del régimen feudal*, decretado en su sesión del 4 Agosto 1789, —de este modo los jesuitas de la burguesía mentían al pueblo— una de las misiones más importantes de que fué encargado por la voluntad soberana de la nación francesa; pero ni la nación francesa ni sus representantes tuvieron jamás el pensamiento *de infringir por ello los derechos sagrados é inviolables de la propiedad*.» —Estas leyes fueron mal comprendidas «por el populacho», continuaba diciendo el decreto, y se convirtieron en fuente de desórdenes; «es tiempo ya de que cesen, de que los ciudadanos cuya industria fecunda los campos y nutre la nación *entren nuevamente en su deber y rindan á la propiedad el homenaje debido*.»

Y esto se decía para poder introducir toda una serie de medidas simplemente terribles contra «los ciudadanos cuya industria fecunda los campos», únicamente porque estos ciudadanos estaban dispuestos á sacudirse para siempre los restos de la servidumbre y desembarazarse de ella por completo.

Pero la reacción, como vamos á ver tomaba vuelo en las ciudades, y estos decretos de Junio de 1790 y de Junio de 1791 quedaron en todo vigor hasta el año siguiente, es decir, hasta el momento en que el pueblo de París se alzó de nuevo para marchar contra las Tullerías y derribar la realeza...

Así, pues, retengamos bien estas fechas:

(1) Lo que se suprimía sin obligación de rescate era la servidumbre *personal* y sus derivados, la manomuerta mientras no fuese aplicada á censos territoriales, los derechos derivados del servicio militar (debido por el siervo á su señor), la «protección» señorial, las pólizas de compras y ventas, de los mercados, de medidas, etc. Y aun aquí las obligaciones resultantes de la *justicia señorial* quedaban subsistentes. Tocante á los mil censos concernientes á la tierra quedaban en todo su vigor. Los *modos* de rescate (pero no la *tasa* del rescate) estaban especificados por las leyes de los días 3-9 Mayo de 1790 y de los días 13-20 de Abril de 1791. De todos modos una de ellas contiene una confesión preciosa: los campesinos *no querían rescatar los censos*. En efecto, pedían su abolición pura y simple. Es lo que salvó la Revolución.



4 Agosto de 1789.—Abolición, de palabra, del régimen feudal.

Del 5 al 11 de Agosto.—Reconstitución parcial de dicho régimen por medio de decretos que imponían *el rescate* de de todos los censos feudales que tenían un valor cualquiera.

Últimos de 1789 y 1790.—Expediciones de las municipalidades urbanas contra los campesinos insurreccionados y y ejecución de éstos.

Febrero de 1790.—Informe del Comité feudal haciendo observar que la *Jacquerie* se extiende.

Marzo y Junio 1790.—Leyes draconianas contra los campesinos que no pagaban los censos feudales ó aconsejaban abolirlos.

Junio de 1791.—Nueva confirmación de este decreto. Reacción en toda la línea.

Únicamente, como veremos luego, en Junio 1792, en la víspera de la invasión de las Tullerías por el pueblo, y en Agosto 1792, después de la caída de la realeza, la Asamblea hizo los primeros pasos decisivos contra los derechos feudales.

Y en fin, en Junio 1793, *después de la expulsión de los Girondinos*, se pronunció la abolición definitiva, sin rescate, de los derechos feudales.

He aquí el cuadro verdadero de la gran Revolución.



Otro problema, asimismo de importancia primordial para los campesinos, era, evidentemente, la cuestión de las tierras comunales.

En todas partes, en el Este, en el Nordeste, en el Sudeste, donde los campesinos se sentían con fuerzas para ello procuraban entrar de nuevo en posesión de las tierras comunales, de las que una inmensa parte les fué arrebatada por fraude ó so pretexto de deudas, con ayuda del Estado, sobre todo después del reinado de Luis XIV. Señores, clero, monjes, burgueses de pueblos y ciuda-

des, todos se quedaron con una parte.

Quedaban, de todos modos, muchas de estas tierras y los burgueses colindantes las deseaban. Por esto la Asamblea se apresuró á hacer una ley (1.º de Agosto de 1791) que autorizó *la venta de tierras comunales á los particulares*. Esta ley equivalía á dar carta blanca de robo sobre estas tierras.

Las Asambleas de los Municipios componíanlas entonces, en virtud de la nueva ley municipal (votada por la Asamblea Nacional en Diciembre de 1789), exclusivamente diputados elegidos por los *ciudadanos activos*, es decir, por los campesinos ricos, con exclusión de los pobres que no poseían por lo menos un caballo para cultivar la tierra. Y estas Asambleas se apresuraron á remover la cuestión de las tierras comunales, cuya mayor parte fueron adquiridas á bajo precio por los burgueses de los pueblos.

La masa de los campesinos pobres se oponía, con todas sus fuerzas, á esta destrucción de la posesión colectiva del suelo, del mismo modo que hoy se opone en Rusia.

Y, por otra parte, ricos y pobres hacían esfuerzos para que los pueblos entraran de nuevo en posesión de las tierras comunales que les fueron arrebatadas por los señores, el clero y los burgueses.

Y todo esto, claro está, con toda la infinita variedad de situaciones diversas en las diversas partes de Francia.



Este era el lado económico de la cuestión en los pueblos.

Pero aparte de este conflicto que surgía entre la burguesía, que llegaba al poder, y el pueblo, había toda la obra *política* de la Revolución, que no tan sólo estaba por terminar en 1790, sino que por completo estaba sobre el tapete.

Cuando pasó el primer pánico, en 1789, debido al inesperado empuje del pueblo,



la corte, los nobles, los ricos y el clero se apresuraron á unirse á fin de organizar la reacción. Tan poderosos y sostenidos se sintieron, que se pusieron enseguida á conspirar y arbitrar los medios de aplastar la Revolución y restablecer la corte y la nobleza en sus derechos, de momento perdidos.

Los grandes historiadores, como Michelet y Luis Blanc, hablan, sin duda, de esta reacción; pero no nos enseñan toda su profundidad ni toda su extensión.

De ella hablaremos luego, pero por de pronto bastará decir que *durante dos años*, desde el verano de 1790 hasta el de 1792, toda la obra de la Revolución quedó suspendida. Revolución ó Contrarrevolución. La balanza oscilaba entre las dos. Y cuando los directores burgueses de la Revolución vieron perdida la causa, desesperados, entonces se decidieron á hacer un nuevo llamamiento á la insurrección popular, en Junio de 1792.

(Continuará.)

**F. Domela Nieuwenhuis**

## La Iglesia y el Estado

El ilustre historiador inglés Tomás Buckle dijo, en su *Historia de la Civilización*, que los dos mayores obstáculos para el progreso son: 1.º la Iglesia, que nos manda como debemos pensar, y 2.º el Estado, que nos prescribe como debemos obrar.

Abundo en su opinión.

La Iglesia se encarga de pensar por sus secuaces y al fiel no le queda más que creer. El Estado obra por cuenta de sus súbditos y al ciudadano no le queda más que obedecer y someterse. Esto es mucho más fácil que obrar por sí mismo, y la masa, que ha recibido una educación de borrego, halla mucho más cómodo obedecer que rebelarse, porque lo segundo implica siempre una iniciativa y voluntad propias.

Estas dos instituciones, Iglesia y Estado, han sido el yugo bajo el cual la humanidad ha tenido que permanecer como en un estado de continua esclavitud. Al principio la Iglesia y el Estado eran una misma cosa, como el antiguo Estado eclesiástico, como en Rusia en que el zar es al mismo tiempo jefe del Estado y de la Iglesia, como en el Tibet, en que el papa budhista, el Dalai Lama, reina soberanamente.

Al desarrollarse el concepto del Es-

tado, éste se emancipó, y desde entonces cada uno se reservó un terreno propio; el Estado el terreno civil, la Iglesia el espiritual. Fué una especie de contrato, pero de los dos la Iglesia prevalecía siempre. Por esto un obispo francés dijo en cierta ocasión, antes de la revolución del 1789, que la nobleza paga con su sangre, el pueblo con su dinero y la iglesia con sus oraciones. Este modo de pagar gustábale mucho á la última, al propio tiempo que gustábale siempre más recibir que dar.

El pueblo siempre fué Juan Buenhombre.

Por fin, hoy se quiere cortar los últimos lazos que ligan el Estado á la Iglesia. ¿Acaso no es ridículo que nosotros, librepensadores, tengamos que subvencionar la institución eclesiástica que tiene por objeto enseñar á los hombres á no pensar libremente? ¿No es ridículo que se cure las almas á costa del Estado, cuando si quiero remendar las suelas de mis zapatos no hallo en ninguna parte un remendón asalariado por el Estado? Paréceme, pues, que sobre el particular bastaría un pequeño proyecto de ley con un artículo único que dijere: «La reparación de las suelas de las almas correrá á cargo del que las haga remendar.»



Tan simple es esto que parece una tontería, pero la verdad es siempre simple.

El Estado con su imperativo: *debes*, y la Iglesia con su *harás*, violentan la razón humana y ambos no pueden hacer otra cosa que educar esclavos para la obediencia y no hombres libres como nosotros deseamos.

La separación de la Iglesia del Estado es la mejor solución de esta cuestión tan escabrosa para los dos. Para el Estado, porque no es de razón que conceda privilegios á una institución mejor que á otra; pero para la Iglesia es aun más conveniente. Cuando una iglesia no puede subsistir sin el subsidio del Estado, se tiene el derecho de decir de ella que no es necesaria, y si se tiene necesidad de ella, entonces son sus miembros los que han de tener medios suficientes para mantenerla sin ayuda ajena. Es una cuestión de oferta y de demanda. Cuando hay mucha gente que quiere una iglesia no ha de faltarle con qué mantenerla. En Holanda tenemos muchos pastores evangelistas liberales y, sin embargo, los domingos apenas si en la iglesia se reúnen una cincuentena de personas. Esto significa que, sin la ayuda del Estado, estas iglesias no durarían gran tiempo. Su sostén es del todo artificial y no vale siquiera la pena de que existan. No puede haber demanda de una iglesia liberal desde el momento que su oferta no produce nada. Una de dos: ó hay necesidad de una iglesia, y entonces ésta subsistirá á pesar de todo (pensad en las antiguas comunidades cristianas de los primeros tiempos de nuestra era) ó esta necesidad no existe, y entonces su existencia es artificial y un lazo entre ella y el Estado no tiene razón de ser.

La separación de papá Estado y mamá Iglesia es, por consiguiente, deseable. Demasiado tiempo ha que la iglesia posee el monopolio de la verdad con el dogma, de la belleza con el culto, de la virtud con la moral, y nosotros quere-

mos la abolición de todos los monopolios en materia de religión. No tan sólo queremos que cada uno pueda ser feliz á su modo, sino que queremos para nosotros y para todos el derecho de no querer ser felices, pues que no envidiamos á los religiosos el aburrimiento eterno en un paraíso cualquiera y pensamos que mejor nos hallaremos en el infierno, donde habitan todas las almas grandes. Dejamos al creyente toda clase de libertad, ya que creemos una tontuna abolir la religión, pero exigimos para nosotros el derecho de ser incrédulos sin que por ello se nos moleste.

Desapruebo toda coacción en daño de los creyentes lo mismo que si se ejerciera en daño mío, y desapruebo toda ley excepcional contra los jesuitas y religiosos tanto como contra los socialistas y los anarquistas. Repasad la historia: ¡cuántas y cuántas veces no se ha intentado suprimir la orden de los jesuitas! Y de nada ha servido, arrojados por una puerta han entrado por otra. No, no son los jesuitas que vuelven hipócritas á los hombres, es la hipocresía humana, al contrario, la que permite á los jesuitas desplegar toda su fuerza é influencia. Si no hubiese hipocresía en el mundo, los jesuitas no hallarían un terreno tan fértil para su nefasta obra. En una palabra, si no hubiese una demanda de hipocresía, la oferta de los jesuitas no se formularía. Es siempre la misma ley de la demanda y de la oferta.

No son los tiranos los que esclavizan á los pueblos libres; al contrario, un pueblo esclavo hace posible á un tirano la opresión de los hombres. Un pueblo verdaderamente libre no se deja tiranizar; que se intente, y el tirano pasará un mal cuarto de hora. Desgraciadamente, no obstante, vivimos en un período de hipocresía y he ahí porque los jesuitas negros, rojos ó blancos, los hay de varias clases, hacen su agosto y prosperan.



En este congreso (1) nos congratulamos con nuestros amigos franceses porque su esfuerzo para separar la iglesia del Estado es el primer paso en Francia, que es el país suscitador de las grandes ideas en Europa. Estad tranquilos, el ejemplo se imitará; no todos osan ser el primero, pero una vez comenzada esta labor se continuará hasta el día en que la separación sea un hecho real en todos los países civilizados.

Pero si nosotros somos librepensadores no quiere esto decir que combatimos únicamente los prejuicios religiosos; tenemos que combatir todos los prejuicios, inclusive los políticos, morales y sociales.

Hay un libro bastante instructivo de Max Nordau, *Las mentiras convencionales*, en el cual, después de hablar de la mentira religiosa, el autor va más lejos y habla de la mentira monárquica y aristocrática y de la mentira política. Yo quiero añadir la mentira del Estado.

He dicho ya que el segundo obstáculo al progreso es el Estado, que se encarga de obrar por nosotros, y que de nosotros hace otros tantos instrumentos de su voluntad. Ahora bien, es necesario que nuestra lucha se dirija también contra el Estado.

El Estado es una potencia, una fuerza conservadora, como la Iglesia. Todos sabemos lo que es la burocracia; es la función del Estado, ó mejor, el Estado en función. Es la paralización y la muerte de toda iniciativa, es la *rutina*. Cuando un asunto cae en manos de la burocracia está irremisiblemente perdido. Y sin embargo, esta burocracia es cada día más poderosa; en lugar de descentralizar, observamos en todas partes la tendencia á centralizar, y, podemos decirlo sin temor á que se nos contradiga: hoy el poder del Estado es mayor que antiguamente, por ejemplo, veinte años

hace. En lugar de un solo ejército, hoy tenemos dos: el de los soldados y el de los funcionarios del Estado. ¿Y qué pretende el Estado de sus súbditos? Que sean dóciles, obedientes y que no se rebelen nunca.

Ahora bien, ¿conocéis un poder más fuerte, más independiente, más revolucionario que el pensamiento? El pensamiento — y no es necesario agregar la palabra *libre*, porque ambas cosas, pensamiento y libertad, son inseparables, el primero teniendo por condición necesaria la segunda — no se detiene nunca, no conoce fronteras y obra continuamente, sin reposo. La Iglesia y el Estado descansan ambos sobre el principio de autoridad; en cambio, el pensamiento no reconoce ninguna autoridad exterior y nos enseña que el hombre es su propio dueño. Los que nieguen un Poder sobrenatural como fuente y principio de la autoridad, prontamente se desembarazarán de la idea de un amo terrestre. He ahí porque la consecuencia inevitable del librepensamiento está encerrada en la fórmula: ni dios ni amo.

Procuremos dar una definición. ¿Qué es la libertad? ¿Qué la autoridad?

Tocante á la libertad no conozco definición más clara y precisa que la que el filósofo Spinoza dió en su *Ética*: Tal objeto es libre si existe por necesidad de su naturaleza y es definido *por sí mismo* para obrar; al contrario, coaccionado es el objeto que está definido por otro para existir y obrar de modo fijo é inmutable. En otros términos: Un objeto es libre si existe por necesidad de su naturaleza y dirige *él mismo* sus actos, y al contrario, un objeto no es libre si su existencia y sus actos dependen entera y continuamente *de otro*. Comprended bien esto: el contraste está en las dos palabras: *de por sí mismo* y *por otro*.

Por consiguiente, lo que cada pensante desea poseer es la libertad que

(1) Congreso Librepensador recientemente celebrado en Roma, donde fué presentado este estudio.



le permita desarrollar su individualidad en toda su plenitud; pero desde el momento que aspira á esta libertad por sí mismo debe colaborar á que no se impida á los demás la satisfacción de esta necesidad vital. Mi libertad personal tiene por carolario la de los demás. En lugar de ser límite y negación de mi libertad, la de los demás es la condición necesaria, más aún, es la confirmación de mi libertad. Al contrario, la esclavitud de los demás hombres pone una barrera á esta libertad mía. ¿Podría un individuo estar satisfecho, por mucho que gozara de plena libertad, si estuviere rodeado de esclavos? A mí me parece imposible.

¿Qué es la autoridad? Autoridad supone poder, posesión de los medios de obligar á los demás á hacer lo que se quiere que hagan. Por lo tanto, la posesión y el poder son necesarios á la autoridad. Y este poder es una fuerza no intelectual, no moral, sino fuerza brutal, imposición de la propia voluntad sobre los demás y con violencia.

El Estado es una institución eminentemente de violencia, ya que al que no obedece sus leyes lo castigan con multas, con la prisión, con el presidio y hasta con la muerte. Por lo tanto es una institución directamente contraria al libre-pensamiento por pretender que los individuos piensen como ella ordena, y toda coacción del pensamiento es una violación del derecho individual á pensar libremente.

Así, pues, los principios de la libertad y de la autoridad chocan y se excluyen y todo libertario debe combatir por igual á la Iglesia y al Estado por ser instituciones contrarias, las dos igualmente enemigas de la libertad.

Yo admiro á los héroes de la fe ciega que, como Tertuliano, decían: «*Credo quia absurdum* (creo porque es absurdo), porque si no fuese absurdo no habría necesidad de creer, porque entonces sa-

bria.» He aquí una fe que levantaría montañas, si la fe no fuese hoy falsificada, si fuese pura y simple y no conociese aquel compromiso entre dos cosas inconciliables: el *credo* y la *ciencia*; compromiso al que se da el nombre de creencia racional ó de ciencia creyente.

Y así resulta también simpático Lutero, este gigante de la Reforma, cuando decía: *Podéis comprender con vuestra mente que dos y cinco hacen siete, pero cuando la autoridad os dice que dos y cinco hacen ocho entonces es necesario creerlo á pesar de vuestra contraria opinión.* He aquí otro creyente que combatía á la razón, á la que irónicamente llamaba «la señora Razón».

Pero cuando se quiere revestir la fe con ropaje moderno, todo esto resulta ridículo. La misma iglesia romana lo ha comprendido así al adornarse con la divisa: *Sit ut est aut non sit* (sea lo que es ó no sea). He ahí porque no puede haber compromiso alguno con la Iglesia, cuyo reinado de su autoridad divina impide pensar al hombre. El célebre filósofo alemán Feuerbach lo dejó bien sentado: «Donde Dios lo es todo, el hombre no es nada». Aceptar á dios equivale negar el hombre, adorar á dios significa despreciar el hombre, alabar á dios es insultar al hombre. Lo mismo pasa con el Estado; donde el Estado reina con su autoridad terrestre, con la violencia, el hombre, el individuo, no representa nada y queda absorbido, anulado.

Leed las obras célebres como la *Historia de la civilización*, de Buckle, *El racionalismo en Europa*, de Lecky, *La historia natural*, de Hellwald, *La historia de la civilización*, de Kolb, *Los problemas del Universo*, de Hæckel, *La sociología*, de Letourneau, *La Geografía Universal*, de Reclús, las obras de Kropotkin, y hallaréis en ellas la prueba de todo lo que dejo dicho. Si se me pidiera la definición de una vida digna y feliz para todos, respondería: La ten-



dencia del individuo, como la de la humanidad entera, debe ser la conquista para todos de la posibilidad de un desarrollo integral, racional y armónico, de su cuerpo y de su espíritu, para que pueda el individuo ser feliz y útil á la humanidad.

La Iglesia es el *pasado*; en ella no se hallan ya más que los restos de su pasada grandeza, y, por grande que aun sea su influencia, condenada está á desaparecer, desde el momento que el pensamiento humano ha triunfado en el mundo. El Estado es el *presente*; y nosotros nos hallamos en un período en que se intenta substituir el dios omnipotente de

los viejos tiempos por el odioso Estado omnipotente, que absorbe todas las individuales actividades.

¿Se quiere separar la Iglesia del Estado? Está bien; pero esto no basta. Nosotros aspiramos al *porvenir*; ¿y qué es el porvenir? Es un tiempo en que no habrá ni Iglesia ni Estado; únicamente el hombre libre en una sociedad libre. Según mi modo de ver, éste debe ser el objetivo de todo librepensador que comprenda la libertad del individuo en su integral y más amplio significado. Trabajemos con todas nuestras fuerzas para que se realice este porvenir.

De *Il Pensiero*, de Roma.

### Moncure D. Conway

## El prestigio de la guerra

(Conclusión.)

El reinado de Victoria es notable por el número de guerras, pero esto no es una novedad. Desde hace siglos, Inglaterra es la menos pacífica de las naciones. Hace cien años, un gran escritor inglés halló la explicación de este fenómeno histórico en la muralla inexpugnable que el mar ofrece á la Gran Bretaña. «El mundo, escribió, no conocerá la paz hasta que los ingleses hayan visto la guerra á sus puertas». Durante el curso de la reciente guerra en el África del Sud, el *War Office* dió la orden de no embarcar para Inglaterra á ningún herido. Si se hubiesen mostrado tan sólo algunos millares de heridos por las calles de Londres, tal vez Mr. Bull hubiera titubeado, al día siguiente de una guerra sin gloria, en poner el arma en manos de sus hijos para recobrar sobre Venezuela miserables créditos.

Nuestro país es tan impenetrable como Inglaterra. En América no ha habido otra guerra posible que nuestra guerra civil, hace cuarenta años, y aun ésta se hizo lejos de las miradas de nuestras

grandes ciudades. La generación testamento de aquella devastación ha casi desaparecido, y he aquí que la sucede una generación nueva á los ojos de la cual el prestigio de la guerra convierte en encantos aquella devastación.

En los Estados Unidos el origen de este prestigio es principalmente religioso. (1)

Estaba yo en París cuando se inauguró la estatua ecuestre de Washington, ofrecida á Francia por las damas de la Revolución (2). Washington está representado con la cabeza descubierta y la espada levantada y dirigida al cielo, llamando sobre ella la bendición de lo alto. La impresión general es el culto del sable. Ya desde su cuna nuestra nación ha sido educada en la adoración del Dios de las batallas. Los relatos de

(1) Sin duda, el Sr. Conway desconoce los sucios negocios financieros.—N. DE R.

(2) Asociación de mujeres cuyos antepasados tomaron parte en la guerra de la Independencia del siglo XVIII.



muerter y degüellos ordenados por este Dios corrompen la enseñanza moral en nuestras escuelas. Estos horrores se presentan con la autoridad de la Biblia y como ellos van de acuerdo con la crueldad general de la naturaleza, con el instinto feroz y salvaje de la selección natural, las masas creen que el estado de guerra es un estado necesario, querido por Dios, que es el método por él empleado para cumplir eternos y misteriosos propósitos.

Un día asistí á una reunión antiesclavista que se efectuó en el Massachusetts. Un joven del Sud tomó la palabra y como en su defensa declamatoria de la esclavitud repetía á cada frase esta fórmula: «pongo á Dios por testigo», una negra vieja no pudo contenerse y le interrumpió con estas palabras: «Escucha, hijo mío, no creo de ningún modo que Dios esté enterado de tus proezas». Nunca había recibido en la Universidad de Cambridge una lección de teología tan buena. De todos modos, lo cierto es que continúa manteniéndose en los niños la creencia en una divinidad responsable de las abominaciones y de los dolores de este mundo. Valdría más decir con Jesús, en su parábola de la zizaña: «Es un enemigo quien hizo esto». Por lo demás, y por encima del dogma, subsiste y subsistirá el culto del amor; el corazón busca sus rayos en las tinieblas del mal. En nuestras instituciones, el Hijo del Dios de las batallas podrá triunfar del Hijo del hombre; pero en nuestras vidas, en nuestras casas, en nuestros corazones, no aceptamos que se deba hacer el mal con la esperanza de que nos reporte el bien.

Hablemos de nuestra guerra de secesión. Cada día disminuye el prestigio que la rodea. Se cree que terminó treinta y ocho años hace, y, sin embargo, sus mortales efectos duran aún. No me detendré en probar, como creo firmemente,

que podía haberse evitado, ni tampoco haré mención de que fué la más dispendiosa de las guerras, habiendo costado á nuestra nación, por la deuda que creó: por las destrucciones que hizo y por las pensiones que ha necesitado, cerca de diez mil millones de dollars, suma suficiente para comprar la libertad de todos los esclavos, y aun hubiera sobrado para dar trabajo á los pobres. Quiero solamente que sepáis que en dicha guerra pereció la flor de nuestras Universidades. ¿Dónde están hoy los Emerson, los Motley, los Holmes, los Hawthorne, los Irving, los Bancroft, los Curtis, los Bryant, los Beecher, los Poe, los Whittiers, los Longfellow, los Lovell? Hemos conocido á jóvenes que prometían ser los dignos sucesores de tales padres, maestros, inspiradores, guías de los hombres. ¿Y dónde están? En los cementerios de Frederichsburg y de Gettysburg. Desde entonces nuestra literatura no ha cesado de declinar. El arte americano ha emigrado. Y nuestros hombres de Estado, ¿dónde están? Nuestros Clay, nuestros Webster, nuestros Philips, nuestros Corwin, nuestros Calhoun, nuestros Benton, nuestros Seward, nuestros Chasse, nuestros Hale, nuestros Summer, ¿dónde hallarlos hoy? El nivel intelectual de nuestros hombres políticos también ha bajado. ¿Y qué es lo que ha aumentado? Ha aumentado el espíritu guerrero, la idolatría de la bandera, y la práctica del lynchamiento.

¿Pero, se nos dirá, acaso los negros no han sido emancipados? He aquí otro prestigio. Actualmente, el negro emancipado y detestado, viviendo bajo un régimen de terror, á veces lynchado,—hasta quemado vivo alguna que otra vez—sufrir casi todos los males de la esclavitud sin la única ventaja que en ella hallaba: la de ser protegido como una propiedad de valor. Los hombres del



Sud dominaban sus arrebatos porque sabían que matar un negro equivalía á matar un capital de 5.000 francos. Hoy día el negro está á merced de un populacho sin freno. Parece que de no ser así no podría subsistir nuestra federación. Es necesario que en ciertos Estados nuestros haya seres humanos que sufran estas horribles condiciones de existencia, porque nuestra expansión militar, religiosa, comercial, exige que las fuerzas del Norte y del Sud, igualmente anglosajonas, igualmente crueles, marchen acordes.

No os déis por ofendidos, ¡oh almas sensibles de los lynchadores! Ya veis como presentemente las grandes recompensas, los grandes empleos de este país van á parar á los héroes de la conquista y del homicidio, de este canibalismo nacional que se nutre condébiles.

¿Y que poseemos para combatir esta creciente primacia de la fuerza sobre el derecho? No tenemos más que la juventud. A vosotros, jóvenes, está confiada la misión de hacer progresar la ciencia, el pensamiento, la justicia; progreso imposible si el prestigio de los dioses de la guerra encanta vuestros espíritus. He aquí porque he tenido el atrevimiento de denunciar, ante vosotros, las ilusiones que en nuestra historia han dado al sable un lugar innmercido.

«Los espíritus, dijo Shakespeare, tienen la piedra de toque de la belleza unicamente paza producir la belleza.» La inteligencia y la educación no cumplirán su obra sino cuando moldeen las pasiones brutales, cuando las afinen transformándolas en emociones, en simpatías, en aquellos sentimientos que dan vida al pensamiento. Por esta acción combinada del corazón y de la razón se disiparán las ilusiones, y el hombre, libertado de la mentira, se elevará á la verdadera sabiduría. Por el momento, el prestigio de la extensión nacional fascina á nuestra juventud inteligente, y no

es así como puede lograr aquel objetivo. La felicidad, felicidad para los individuos, felicidad para la nación, no se deberá á las fiebres de la ambición ni á los soplos del orgullo. Acordaos del sapo de la fábula. Creía poder ser tan grande como el buey y reventó! ¿Se quiere que lo sea nuestra nación? Pues será su desgracia. Cuando se le hagan sensibles los peligros y los obstáculos que para volverse en un buey tiene el sapo, será demasiado tarde. No podrá dar «máquina atrás,» ni podrá ya conocer lo que Shakespeare llama «la bendición de ser pequeño.» Cuando más se hinche mayor blanco ofrecerá á las piedras de los muchachos.

Todo orgullo es una debilidad. Un impulso de orgullo nacional puede llevar, sin posibilidad de retroceder, un pueblo entero á una falsa posición, hasta fatal. El año pasado, en New-York, á un conciudadano nuestro, rico y distinguido, se le ocurrió hacer firmar por personas de influencia una petición reclamando se retiraran nuestras tropas de Filipinas y Manila. El tal se topó un día con nuestro presidente Roosevelt y le comunicó lo que se proponía. El presidente le respondió: «Aboga V. por una cosa imposible.» Y el presidente tenía razón. Ya no tenemos más nuestra libertad de acción. Hemos vendido nuestro derecho de primogenitura por un plato envenenado.

La situación es de tal índole que falsea en los individuos la noción del progreso. A la marcha de la Humanidad se le presentan tantos caminos de subida como de bajada. La civilización más intelectual y artística que el mundo ha visto, la de Grecia, siguió su sueño de expansión hasta un punto en que éste la derribó, la petrificó y la sepultó.

El porvenir de una nación, de una raza, puede depender del desarrollo ce-



rebral más ténue. La función esencial de los seres de educación y de corazón recto contribuirá, en la medida de su poder, á crear la atmósfera espiritual en la que crecerá una raza de superior nobleza. En medio de los tumultos y de

los clamores del mundo subsiste evidente esta verdad: cada espíritu puede ser un centro de razón y de rectitud, y puede convertirse, en medio del desorden universal, en una fuente de orden.

*Revue, París, 1903*

**J. d'Oliveira**

## El culto de los héroes

Los progresos morales en la evolución humana realizanse paralelamente á las conquistas que se alcanzan en el dominio de la ciencia positiva. Semejante principio, cuya aceptación ninguna repugnancia puede inspirar, parece asumir definitivamente el carácter de *ley* si se le considera desde el punto de vista puramente teórico. Porque la experiencia, lejos de evidenciar su veracidad, tiende antes á negarla.

En efecto, el desenvolvimiento intelectual ya era bastante considerable en aquel majestuoso acontecimiento que tuvo por teatro el suelo glorioso de la Francia; la Revolución de 1789 tal impulso imprimió á la Inteligencia, que esta puede ascender rápidamente hasta los supremos límites de lo maravilloso. Y mientras se operaba este fenómeno extraordinario, el hombre daba libre curso á las más groseras manifestaciones de su animalidad, olvidando nobles sentimientos que le son innatos, para degradarse, envilecerse y degenerarse. Transformó la hipocresía en objeto de todos los cultos, y decretó como deber la impostura y como virtud la mentira.

Tales aberraciones, que ofrecen un cuadro triste y profundamente depresivo, excitaron la atención de algunos hombres dotados de genio y sensibilidad, cuya vida ha sido siempre un combate sin treguas, constante y continuo contra todas las hediondas instituciones que, á través de los millares de siglos que nos preceden vienen corrompiendo

los más elevados pensamientos y aniquilando los más soberbios estímulos. Sabios y convictos, esos fieles apóstoles del Bien, lejos de entregarse á meras especulaciones abstractas, que ninguna luz lanzan sobre este caos que en su seno abriga á las sociedades contemporáneas que se combaten, agonizan y mueren, intentaron, en lo que les fué posible, resolver los diferentes problemas que más directamente afectan á la causa de la redención total del mundo y que, sin resolverlos, no se puede llegar á disfrutar de los supremos encantos que la vida encierra.

Y después de profundas lucubraciones, largas meditaciones y repetidas vigiliás, pudieron asegurar que la Misericordia era el origen común de todos los actos que tienden al embrutecimiento de la especie humana.

Rica y fecunda en consecuencias fué la comprobación de este solemne verdad. Los errores seculares sintieron estremecimientos de descuaje y el monumental castillo de los prejuicios parecía derruirse. Todas las concepciones sociales, políticas y religiosas se resintieron de este descubrimiento; y la propia Historia experimentó una transformación tan radical y profunda que, dejando de ser el resultado de la Providencia, de los Profetas ó de los Mesías, se tornó el producto de la colaboración activa de todos los individuos que componen las sociedades universales.

Así se hizo anunciar á los pueblos una



nueva filosofía, cuyos principios estraban, no en una mera hipótesis engañosa, sino en hechos que se imponen por su evidencia brutal y que son una verdad, cuyas proporciones hacen inclinar, convencidos y creyentes, á los espíritus más dudosos que aceptan lo que no les impresiona sino directamente.

dotes, magistrados y burgueses y todos aquellos que tienen empeño en que se perpetúe este inicuo régimen, que nos haría retrogradar hasta la barbarie, se pondrían en acción y dentro de poco surgirían sofistas que afectadamente exclamarían.

—«Los hombres grandes, son tan necesarios á las sociedades como los órganos á un cuerpo que vive. Arrancad el corazón de ese cuerpo, y veréis enseguida como la vida se escapa. ¿Cómo queréis, entonces, disminuir la importancia de esos héroes, que son, por decirlo así, la cabeza, el cerebro de las organizaciones humanas? Rematada locura.»

—Tales asertos, á pesar de su especiosidad, son disparatados. Porque en los confines de la materia organizada se encuentran seres que tuvieron un comienzo, tienen una existencia y hallaron su fin, y los cuales, entre tanto, no presentan órganos de especie alguna, ó por lo menos, de ellos no se encuentra ningún vestigio. En los seres superiores pueden los órganos ser necesarios no sólo á la satisfacción de esa superioridad, sino como para caracterizar el grado de adelantamiento en la jerarquía de la vida.

Ahora, ninguno ignora que los fenómenos sociales sólo fueron bien esclarecidos cuando se los comparó con los hechos del mundo biológico. Todo ahí se reduce á la célula, como en la sociedad todo se refiere al hombre, su elemento correlativo. Y si la vida es tanto más intensa, y tanto más fecunda, en sus múltiples manifestaciones, cuanto más apresuradamente se destruyen las células que deben ser renovadas, ¿quién nos impide que, en el dominio de la sociología, lleguemos á conclusiones idénticas? No conviene, pues, andar por un camino tan tortuoso, y cuyo término ninguno puede de antemano prefijar. El culto á los pretendidos grandes hombres es la influencia que se les atribuye y que no

Dèrrocado el viejo edificio de las herencias atávicas, el camino de las conquistas reales, efectivas y permanentes estaba libre. Y aquellos que aun no desesperan de la grandeza humana, fortificarán la creencia en la posibilidad de la realización de la felicidad íntegra de los habitantes de la Tierra.

En estas condiciones, el primer prejuicio á destruir, era el culto de los héroes, esto es, de los llamados grandes hombres, cuya influencia es decantada en todos los tonos por los que, juzgando los hechos á través del cristal de aumento del sectarismo caprichoso y extravagante, sólo se agitan animados por el deseo del mando.

Esta teoría ó doctrina, que no es más que el producto de preocupaciones particulares, individuales ó colectivas, que surgió espontánea del inmenso seno de las necesidades de nuestra época, no podía dejar de excitar las furias, los odios y las violencias de parte de los que, amarrados al pasado, divorciados con el presente y sin la comprensión del futuro, procuran, al presentir el naufragio de las viejas concepciones, batidas por la ciencia positiva, reconciliar la tradición con la verdad, el dogma y la fe con la ciencia. Era natural, pues, que esta filosofía, levantando una muralla insuperable contra todas las utopías irrealizables y contra todas las ambiciones ilegítimas, determinase una reacción cuya intensidad es absolutamente proporcional á la fermentación de los bajos intereses que ella había de herir. Sacer-



pasa de ser uno de los muchos prejuicios con que aun hoy se pretende adormecer la energía y la iniciativa individual.

Los pueblos reblandecidos, secos de inteligencia y de bondad son los únicos que poseen el hábito de las divinizaciones. Porque los hombres por más extraordinarios que quieran parecer, no llevaron á término ningún proyecto ni realizaron ningún designio sin contar con el auxilio de todos aquellos en cuyo seno se agitan. Ninguno tiene el mágico poder de crear; todos, entre tanto, poseen la facultad por la cual pudieron modificar ó ampliar hasta el infinito cualquier concepción ó teoría, y esto en la proporción de su grado de cultura intelectual ó moral. Una idea, aunque sea la más seductora y risueña, no es otra cosa más que la resultante de innúmeras ideas, que, en diferentes épocas y en diversos lugares, preocupaban á millones de seres y agitaron á millones de cerebros. El suceso en la consecución de cualquier empresa es siempre la consecuencia de circunstancias favorables determinadas por la oportunidad.

Una sociedad que, en virtud de múltiples acontecimientos, se siente presa de una de esas crisis que terminan por su disolución, apela, en la inminencia de este peligro, á algún grande hombre, abdicando en él los medios de su salvación; esta sociedad inicia los primeros pasos de su entrada en el estrado del despotismo. Porque si ese pretendido héroe se siente atormentado por el deseo del mando absoluto, procurará utilizarla, y bien pronto la dejará reducida al estado en que se encontraban los paraguayos en el tiempo en que dominaban en aquella infeliz región americana los ilustres embajadores de San Ignacio de Loyola.

Mas, si ese héroe se sintiese dispuesto

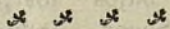
á establecer la felicidad de un pueblo (cosa imposible, porque sería suponer el milagro que es el absurdo), y si se admitiese que él realizara sus designios, ni por esto la condición de aquella sociedad sería más lisonjera. Porque una vez que desapareciese del número de los vivos el héroe reverenciado, que no sería inmortal, reinarían incontestablemente, en el seno del rebaño, la desarmonía, el desorden, y la confusión y, como último límite, surgiría el cansancio, la desanimación y la descreencia, imponiéndoles un tirano menos hábil, pero mucho más feroz y cruel, y á cuyos pies la antedicha sociedad, iría á postrarse sumisa y cobarde, como los fanáticos indios sobre las ruedas de los carros que conducen sus hediondas divinidades.

El culto de los héroes es, pues, un fetichismo nocivo. Transforma el hombre en un ser inconsciente, dudoso de su valor, de su poder y de su fuerza. Y, reducido á semejante abyección, abdica en los otros, especialmente en los bellacos, la realización de su felicidad, felicidad que le escapa siempre porque sólo él, el Hombre, la puede conquistar.

Cualquier individuo es capaz de las mayores empresas cuando dispone de los elementos y las circunstancias no le son adversas.

Sancionad vosotros mismos ¡oh apóstoles del obscurantismo! sancionad la igualdad de medios y de acción que la Naturaleza decreta, y veréis entonces, tal vez con sorpresa, pulular tantos sabios, multiplicarse los genios y surgir tantos héroes que, por más aferrados que estéis al preconcepto, á la tradición y á la mentira, tendréis que reconocer la verdad de los hombres que marchando hacia la Vida, exclaman: «Los grandes sólo son grandes porque nosotros estamos arrodillados.»

De *Kultur*, Río Janeiro (Brasil).





## El martirio de la bondad

La bondad no se ha aclimatado aún en nuestra sociedad tres cuartas partes salvaje. No queda lugar para ella entre la ferocidad general. El hombre bueno, compasivo, el hombre de corazón, es un mártir entre la multitud de canibales refinados que constituyen la especie humana.

Como se le cree débil porque ama en vez de odiar, porque perdona en lugar de vengarse, porque se aparta en lugar de combatir, la jauría se le echa encima creyéndole fácil presa, sin ver que este pretendido débil la domina, como un gigante, con toda la fuerza de su benevolencia, con toda la superioridad de su amor.

Su fuerza reside en el dolor, renaciendo, inagotable, á cada paso de su vida, y en el dolor temple su alma con una nobleza que ninguna injuria, ninguna calumnia puede empañar, pues que el dolor es el gran creador de los héroes; pero no de estos brutos violentos, megálomanos alucinados de falsa gloria y de falso honor, jugándose á cada paso su vida y la de los demás para obtener un chispazo de vanidad satisfecha. Estos incansables perseverantes persiguen con toda serenidad, sin tregua ni debilidad, en medio y á despecho de la burlonería, de las vociferaciones y de las decepciones, su marcha imperturbable hacia el ideal, cada día más cerca, cada día más radiante.

Así es el hombre de corazón, perdido y aislado en medio de la general abyección. Desde que nace hasta que muere su vida es una larga crucifixión.

Niño aun, cuando sonriente su alma entreabre á los primeros rayos de la vida, en la familia es donde comienza su aprendizaje del dolor. Presa de la absoluta arbitrariedad paternal, ¡cuántas veces sangró su corazón, herido en sus repliegues más íntimos por indiscretas inmixciones, por intrusiones intempestivas ó brutales, por coacciones discordes con sus aptitudes, sus delicadezas y sus predilecciones más queridas, por toda

una multiplicidad de contusiones reteiradas que le predisponen á sentir más cruelmente ulteriores sufrimientos!

En la escuela, escarnecido y ridiculizado por sus mismos camaradas, incomprendido de sus maestros, pedagogos trasnochados, siente acentuarse su aislamiento en aquel ambiente de insensibilidad y de depravación afectadas, de incompreensión y de iniquidad debidamente jerarquizada y funcionarizada. Es un calzonazos, un cándido, y se le llama «tonto».

Sus más tiernos abandonos son presa de la implacable burla que indistintamente mancha con sus rasgos todo lo que, aun tímidamente, se revela desinteresado, generoso y lleno de abnegación.

Llega la juventud y con ella los irresistibles impulsos hacia todas las formas de la Belleza. Entonces los sufrimientos de la infancia se acrecientan con todo el poder impetuoso de la vitalidad, cuya energía acrecentada intensifica aun más la sensibilidad y la perceptibilidad del dolor.

Siempre confiado, se entrega por entero al que ama, al amigo, á la mujer amada; pero aquí también va de decepción en decepción. En su camino se destroza tropezando con las pequeñeces, con las vulgaridades, con los cálculos mezquinos y bajos, con las hipocresías y con las cobardías inconfesadas. El amigo, que quisiera asociar á sus entusiasmos y á sus locuras de generosidad, respóndele burlesonamente ó se aparta calculando los quebrantos en que hubiera incurrido. La amada que hubiera querido arrastrar en sus vuelos, con la que soñaba elevarse por el infinito de un ideal radiante, se arrastra miserablemente á ras de tierra ó le abandona, miedosa ó cansada, á sus vertiginosos aletazos.

Después, el dolor aumenta aun más á medida que se extiende el círculo de su actividad. En el maremagnum de la vida social, aporta en esta lucha acerba las mismas disposiciones benévolas que



hicieron y de él harán eternamente el juguete de todos los que se le acerquen. Sufrirá en todo lo que ame. La multitud, que querrá apartar de su abyección, arrancarla al crimen legal y socialmente admitido, y despertarla a la bienhechora luz de la libertad, le tratará y odiará como enemigo. La autoridad, paladín de este crimen organizado, se esforzará para aplastarle y su bondad será tachada de execrable maldad. Sus amigos y su familia harán el vacío entorno suyo. Y ni en su descendencia, en su misma compañera, en su amiga, en estos seres queridos, tan apasionadamente amados, ni en este que debería ser santuario del amor, le faltará el cáliz de la cruel amargura.

Acribillado de heridas mil, sangrando el corazón y el espíritu extraviado entre tantos dolorosos asaltos, desamparado y traqueteado, si no tiene el temple excepcional de los héroes, acabará por agotar-

se, aniquilado y convertido en este guiñapo inmundo que se llama un hombre resignado.

Tal es en nuestra sociedad la suerte de la bondad, esta base, sin embargo, tan fundamental, tan esencial de toda sociedad. ¡Cuántas energías han naufragado, engullidas para siempre en la cloaca de las ignominias sociales!

¡Cuán grave y profundo, encarado de este modo, parece el problema humano! ¡Qué pequeñas y mezquinas las panaceas legislativas para resolverlo!

¿Hasta qué profundidades hay que remover las costumbres, para que la bondad obtenga siquiera su derecho a la luz? ¿Acaso la cuestión social—prefiero decir humana—no es ante todo una cuestión moral? Por ingeniosos que sean los zurdidos económicos, serán impotentes para traernos la solución: la refundición de las mentalidades de donde ha de salir el *Hombre integral*.

**Juan Pascoli**

## Los vencejos

Precisamente hoy mismo llegó gente de fuera, de muy lejos. Los vencejos chillan en grupos de cuatro ó cinco, en corrientes desesperadas, como locos. Hacen sus nidos en los agujeros que en las paredes dejaron las vigas. He ahí entorno de mi casa á los vencejos, pueblo belicoso y extranjero, vestido de negro opaco. No vivirán, no podrán vivir en paz con las golondrinas. Tendré que presenciar sus disputas y sus guerras... Pero no, dejad que os cuente un hecho de que he sido testimonio hace poco. Un vencejo (forzosamente una hembra: ciertas bondades se suponen mejor en una que fué ó va á ser madre), un vencejo va y viene, con su vuelo de flecha, á uno de mis nidos de la balaustrada. ¿Querrá apoderarse de él? ¿Querrá de él arrojar la familia que ya lo habita? No; mi vencejo lleva en el pico, cada vez que llega,

algo de comer; se detiene un momento en el borde del nido, y tan pronto como le desembarazan de su carga, emprende de nuevo el vuelo. ¡Oh caro y buen vencejo! Tal vez tu no tienes nada que hacer hoy, tal vez no tienes aún compañero ó compañera, y para no estar... (iba á decir mano sobre mano, pero me acuerdo de que no se trata de hombres), para no estar ocioso, prestas tu ayuda á una golondrina, á un sér de otra nación y de otra raza, que acaso tiene demasiada familia y mucho quehacer y poco que comer. ¡Caridad... internacional! O, caso más piadoso aún, ¿se trata de huérfanos y otro pobre les alimenta y saca adelante como mejor puede?

Hombres, diré como en una fábula para niños: hombres, imitad á mi vencejo. Ayudaos y amaos por encima de la familia y de la nación. Formad una sola fraternidad, una sola familia.

Del Prefacio al libro *Primi Poemetti*.

**Recibido:** De la Biblioteca Juventud Libertaria, de Barcelona: *Patriotismo y cosmopolitismo*, por Ph. Jamin, trad. de Prat, 10 cént., pedidos á prensa libertaria.—*Ensayos métricos*, poesías, por Daniel Ferreira de Silva, editado por la «Imprensa Social», de Oporto. *El Progreso*, de Almería; *El mismo*, de Barcelona.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA